

ALFAGUARA



Álvaro Bisama

Estrellas muertas



ALFAGUARA



Álvaro Bisama

Estrellas muertas

Para Carla

*This is not a love song
This is not a love song
This is not a love song
This is not a love song*

JOHN LYDON, Public Image Ltd.

1

Estábamos en el café Hesperia, a las ocho y media de la mañana, en el puerto. Hablábamos de cualquier cosa. Ella fumaba compulsivamente y yo me arrancaba con los dientes la piel de mis propios labios. Esas manías eran lo único que nos quedaba en esos días en que los bosques de Laguna Verde se estaban quemando y el viento que venía del sur lanzaba el humo negro sobre el horizonte de los cerros. Con ese cielo oscuro sobre el puerto, yo no dejaba de pensar en que esas cenizas que flotaban en el aire podían ser parecidas a las de los hornos de un campo de concentración, a la borra de piel humana que deja una bomba atómica. Nosotros estábamos devastados. Incluso antes de que ella abriera el diario, estábamos en las últimas. Nuestro asunto, nuestra vida en común, llegaba a su fin. Nos metíamos en el Hesperia para hacer hora y esperar que abrieran las oficinas para realizar los trámites de la separación que nos correspondieran ese día. Nada que decir, nada que decirnos: pedíamos jugo de durazno, capuchinos o simplemente agua y nos quedábamos en silencio por horas o minutos, mirando las fotos pegadas en la muralla que capturaban la secuencia de un naufragio mar adentro. A veces, comprábamos los periódicos y nos repartíamos las páginas mientras hablábamos nimiedades, esperando matar el tiempo, intentando no vernos reflejados en los espejos gigantes de la barra del local, que nos devolvían una versión oscura y encorvada de nosotros mismos, una versión que quizás remedaba un mundo inverso donde nosotros, esa pareja, sumida en monosílabos que apenas cercaban el silencio, salía luego del local y se metía desesperada a tener sexo en algún hotel pulgoso de calle Chababuco. Pero eso pasaba en el mundo de los espejos, del cual no teníamos más noticias que lo que estaba a la vista: reflejos que intentábamos no mirar por pudor o vergüenza, amparados en la

suposición de que no éramos ni seríamos jamás nosotros sino apenas la ilusión de una vida imposible, de una vida que no íbamos a llegar a conocer nunca. Aun así, nos quedábamos en el Hesperia y hablábamos nimiedades o leíamos sagradamente los titulares de la prensa para evitar mencionar lo que nos pasaba en esas horas finales de lo nuestro. Y funcionaba. Ni siquiera teníamos rabia o vergüenza. El tiempo de las recriminaciones ya había acabado. Todo aquello nos sirvió hasta esa mañana en que ella miró el diario, comenzó a llorar y luego me mostró una foto donde aparecía una mujer escoltada por dos carabineros.

2

Antes de que abriera el diario, antes de la foto, antes de su relato, ella me contó el final de una película de adolescentes donde un personaje explotaba y se convertía en una cucaracha que escapaba por la ventana del dormitorio. Ella decía que la ventana era sólo un decorado, no había nada más allá: alguien había pintado en el fondo un *trompe l'oeil* con la vista de las estrellas del cielo nocturno. La cucaracha salía corriendo por ahí, rumbo a ese cielo falso. En la habitación alguien se quedaba gritando en una cama llena de sangre. Luego sonaba una canción que decía: *love is stronger than death*. Ella dijo que esa canción la tenía obsesionada. Hablábamos de eso mientras matábamos la espera. De nada importante. Podíamos estar así por horas: hablando de los meandros de una canción que se resistía al olvido, de estrellas fluorescentes titilando en un cielo de cartón piedra, de gente cubierta con sangre falsa, de amantes que se vuelven cucarachas. Funcionaba, nos olvidábamos de nosotros mismos. Funcionaba, nos perdíamos en el infierno de los detalles para evitar caminar por el desierto de lo real. Pero todo eso era precario: una tranquilidad que duró hasta que ella tomó un sorbo de café caliente y abrió y cerró casi de inmediato *La Estrella de Valparaíso* para luego ponerse a llorar. Después de unos minutos se calmó. No lloró más, ni siquiera cuando —un buen rato después— terminó de contarme todo. Antes, se tragó las lágrimas y me mostró la foto. Ella dijo, indicando la página con el dedo, indicando con la punta del dedo a la mujer: yo la conozco a ella.

3

Yo conozco a esta mina, huevón. Es la Javiera, dijo ella. Es la Javiera, huevón, la que fue compañera mía en la universidad. La Javiera, dijo, la mina que te conté, la que era comunista. La Javiera de la Jota. Asentí con la cabeza. Fingí que entendía. Conocía parte de esa historia, detalles que ella me había relatado sin un hilo claro, que eran con suerte las esquirlas y cabos sueltos de las vidas de los otros que ella terminó de armar esa mañana; haciendo que la noticia y la foto fueran una escotilla que se cierra o se abre, pero que en ambos casos le dejaba entrever escenas de su propio pasado, un pasado que yo casi no conocía, porque estaba enterrado en algún lugar de un puerto donde el cielo aún no se volvía negro ni se respiraba un aire de cenizas, una década y media atrás.

4

Ella dijo: Vas a tener que escucharme, me lo debes, vamos a estar toda la mañana en esta mierda.

5

Parte así: con una imagen. Ellos sentándose juntos. En la primera fila. Al azar. Yo quedé atrás. Era el primer día de clases. No hablé con nadie. Ellos hablaron entre ellos. Quizás eso definió todo. El primer minuto de los años que vendrían, las leyes de la atracción que abrazarían, la soledad de las habitaciones que habitarían, el desierto hacia donde se fugarían, el volumen del murmullo del mar gris que equivaldría a un sueño de silencio. No recuerdo de qué era la clase. No tengo tan buena memoria. No recuerdo ni qué estudiábamos. No sé si acá importe la carrera, el trabajo, todo eso que nos define ante los ojos de los otros. Lo que importa es ese comienzo, que yo no puedo evitar completar con mentiras o suposiciones mientras te cuento, mientras me pregunto si ese fue el día decisivo, si es ahí donde comienza lo que ahora termina. Porque no puedo ver nada de eso, dijo ella. El pasado es un lugar donde no llega la luz, dijo. No sé si se miraron, si reconocieron la probabilidad de algún lazo, dijo. Luego, la profesora hizo que nos presentáramos entre nosotros. Recuerdo que dije mi nombre y que vivía en Viña. Eso era lo único que podía decir sobre mí. Era mi única certeza. Recuerdo que el Donoso dijo: Soy de Antofagasta. Recuerdo que la Javiera dijo: Viví en el exilio y llegué de vuelta el año pasado. Recuerdo que el Donoso era moreno y que se veía casi lampiño. Después me enteraría de que tenía dieciocho años. Recuerdo que yo había leído ese verano, en una playa cerca de Quintero, una novela de Agatha Christie. También que fue el año después de que el presidente que sonreía como idiota terminó llorando en televisión. Recuerdo que el Donoso llevaba una camisa blanca de escolar y la Javiera era morena y tenía algunas canas y llevaba lentes y era baja y muy flaca y que ocupaba ropa de color lila, blusas teñidas a mano y decolo-

radas. Yo misma no puedo recordar qué corte de pelo tenía ese día.

6

No sabía que recordabas tantos detalles, dije. Yo tampoco, dijo ella.

7

Dijo: Todo aparece junto, todo aparece de repente. La foto abre la puerta. Mi memoria es la habitación. Tengo la cabeza llena de muebles. Ellos se pasean ahora ahí. Ellos, la Javiera y el Donoso, son una multitud y yo apenas puedo contenerlos. Pero eso es preferible a seguir llorando, aunque quizás debería hacer precisamente eso, huevón: llorar hasta aprender a aceptarlo todo. No puedo. Puede que creas que estoy loca, dijo. Yo la miré y me mordí el labio inferior. La saliva me quemó la boca. Tomé aire. Pedí dos cafés más. Miré de nuevo la foto que salía en el diario: una mujer de pelo blanco, una mujer entrando a un radiopatrulla. No, dije.

8

Pero no se parece. La mujer de la foto no se parece a ella. Es pero no es. En la foto se la ve vieja. La foto no le hace justicia. Esa mirada cabizbaja, perdida, no es la suya. La Javiera hablaba tan fuerte que a veces uno pensaba que gritaba. Al día siguiente supimos la mitad de su vida en cinco minutos, cuando pidió que nos quedáramos después de clase para elegir un delegado. Por supuesto, la elegimos de inmediato a ella. Esa vez nos dijo que la habían echado en los ochenta. La rectoría pidió su cabeza y ella fue expulsada, nos contó. Se arrancó del país. Todos éramos pendejos en ese momento. Ninguna de nuestras biografías competía con la suya. ¿Qué podía contar yo? Mi historia era la de todos. Que había estudiado en un liceo subvencionado, que tenía un pololo al que quería, que escuchaba Iron Maiden en secreto, que leía novelas de misterio o veía tele hasta quedarme dormida. Eso nomás: una serie de cosas que no se conectaban unas con otras, carente de cualquier clase de relato. Cuando terminó esa reunión de curso, ellos salieron juntos de la sala de clases. Yo caminaba detrás. No sé qué pensé de la Javiera ese día. No sé si me cayó bien o mal, si le creí o no. Recuerdo que alguien había pegado un póster del MIR con la cara de Miguel Enríquez en un pasillo. Yo no sabía quién era ni sabía que estaba muerto. La cara de Enríquez estaba en blanco y negro, de perfil: suspendido en la acción, libre de peso, congelado como un santo, el retrato de un difunto sobre un ataúd, un pariente lejano que sólo puede aparecerse desde una foto de otra época. La Javiera se quedó parada mirándolo. Por un segundo pensé que podían conocerse. Ella dijo algo en voz alta pero no recuerdo qué. Tampoco creo que me haya importado mucho hasta que una semana después ella me invitó a una reunión de las juventudes del partido.

9

Fui a la reunión. Me fijé como hablaba. No recuerdo qué dijo pero me fijé en su estridencia, dijo ella. Me fijé en que la Javiera abrazaba y envolvía, que miraba a los ojos de todos esperando una respuesta. Me di cuenta de que había sido bonita. De que alguna vez había sido preciosa. Las minas captamos eso. Captamos la belleza y el abandono de la belleza y esa belleza había estado ahí, pero de aquello sólo quedaban los rasgos de la cara, los pequeños ojos negros, cierta forma en que el pelo le caía sobre la cara, la manera en que la boca se le quebraba para convertirse en sonrisa. Una batalla perdida, la de la belleza. Las mujeres podemos ver eso, pero intentamos no hacerlo, porque es como mirarnos al espejo, dijo ella. Como mirarnos en una fuente y ver en el agua una imagen venida del futuro, dijo. Y la Javiera lo provocaba. O por lo menos me lo provocaba a mí a los dieciocho años: el *déjà vu*, el aviso de la persona en la que podría convertirme. Pero era sólo eso: una advertencia, una ilusión, porque yo sabía que jamás hablaría como ella, jamás me referiría o me aferraría a las cosas con la convicción con que ella lo hacía. Jamás tendría esa capacidad para la empatía inmediata, esa certeza de poder lograr alguna clase de contacto con el otro. Pero me di cuenta de su belleza rota, eso sí. Me di cuenta y lo olvidé casi inmediatamente.